



El poder y la crítica en la verdad periodística

PU. María Antonella Biondi

Universidad Nacional de San Luis

San Luis, Argentina

m.antobiondi@gmail.com

Periodista Universitaria; Pasante en Docencia (2019) y en Investigación (2017) en las asignaturas de Filosofía y Epistemología de la Lic. en Periodismo. Se desempeñó como becaria en el área de prensa del Departamento de Comunicación (FCH), como periodista en medios de San Luis como Radio Digital, Radio Rebelde y ElChorrillero.com. Actualmente trabaja en la construcción de la verdad periodística sobre la figura criminal del femicidio para su tesis de grado.

63

Introducción

En primer lugar, retomamos la propuesta teórica del pensador Mario Casalla (1977) de realizar una "lectura culturalmente situada" de Michel Foucault, para ubicar al lector en el contexto a partir del cual el autor arribó a sus propuestas filosóficas, entendiendo que todo pensamiento está ligado a una situacionalidad histórica y cultural determinada, y que por tanto éste no puede desligarse de sus circunstancias. En este punto se alude a aspectos biográficos del autor, y se referencian las tres etapas de su pensamiento: Arqueológica, Genealógica y Ética (Díaz, 2004).

En un segundo momento, mediante el estudio del poder realizado por Foucault, se propone una definición del poder como una estrategia

que se ejerce dentro de relaciones sociales, con características productivas y no represivas. En tanto produce saberes y verdades, el poder también es constructor de dispositivos y de sujetos.

Finalmente, se retoma el Orden del Discurso (1970) para pensar el poder como productor de regímenes de verdad en el campo del periodismo, revisando sus etapas históricas, y los cambios de paradigma en la objetividad/subjetividad del periodista.

Una lectura culturalmente situada de Michel Foucault

A los fines de comprender las categorías de Michel Foucault abordadas para el análisis realizado en este trabajo, es pertinente primero conocer aquellos aspectos de la biografía del autor que lo impulsaron a hacer sus propuestas filosóficas. Una lectura culturalmente situada es necesaria, en términos de Mario Casalla, puesto que “todo pensar es un pensar de y desde una situación histórica y se halla permanentemente alimentado por esta” (Casalla, 1977, p. 102); por tanto, el pensamiento no puede separarse de su entorno situacional.

Michel Foucault nació en Poitiers, Francia, el 15 de octubre de 1926. Hijo de Paul Foucault, un reconocido cirujano que lo proyectó desde siempre como su sucesor en el rubro de la medicina, y de Anne Malapert, también hija de un prestigioso cirujano de Poitiers.

Aunque sus padres pretendieron avivar en él los deseos de dedicarse a la profesión familiar de la medicina, Michel Foucault avocó su vida al estudio de la filosofía, la psicología y consecuentemente de la locura; es así que por medio de estudios y reconstrucciones históricas

buscó problematizar construcciones discursivas formuladas en torno a la locura, la sexualidad y la prisión, y dentro de éstas el desenvolvimiento de la verdad, el conocimiento y el poder.

Con fuerte influencia de la filosofía alemana por pensadores como Immanuel Kant, Friedrich Nietzsche y Martin Heidegger; Michel Foucault elaboró su filosofía lejos del campo del existencialismo sartreano que se erigía como el pensamiento póstumo entre 1940 y 1950. En este punto, y tomando el postulado nietzscheano que anuncia la muerte de Dios, Foucault, que devino junto al pensamiento estructuralista pese a no reconocerse como tal, declaró la muerte del hombre y la necesidad de salir del sujeto como único punto de partida epistemológico; y así estableció una noción de sujeto que ya no domina ni tiene poder sobre la realidad, sino que pertenece a la trama histórica.

Ya en 1960, con el continuo de la Guerra Fría que había seguido a la Segunda Guerra Mundial, seguían tomando escenario político las diferencias sociales e ideológicas generadas a partir del enfrentamiento entre los bloques formados por Estados Unidos y la Unión Soviética. Entonces la filosofía francesa, y en consecuencia Foucault, comenzaron a recuperar el pensamiento de Martin Heidegger para hacer su crítica a la modernidad capitalista en tanto técnica apropiadora del sujeto. Esto desplazaba la postura mantenida por Jean Paul Sartre, que durante el período de las guerras mundiales había enfocado su filosofía en un concepto de humanismo basado en la centralidad del sujeto.

Con influencia de reconocidos pensadores a los que conoció durante su vida académica como Georges Dumézil, Roland Barthes, Louis

Althusser y Jürgen Habermas, Foucault pasó por varias etapas en la construcción de su filosofía, algunas veces abocada a diferentes aspectos de su contexto histórico, pero siempre con la problemática del poder de trasfondo.

Hacia el final de su vida, Foucault englobó su trabajo intelectual en tres problemáticas. La primera es la arqueológica, caracterizada por su empeño en indagar en las condiciones históricas de producción del saber, mediante la realización de una ontología histórica sobre nuestros modos de constituirnos como sujetos de conocimiento; en esta etapa, Foucault estudia la constitución de la verdad vista desde distintos acontecimientos históricos, y toma los discursos como prácticas específicas de cada época. Para sus estudios en este campo, Foucault se valía de los archivos históricos como herramientas de contextualización y de almacenamiento del conocimiento.

En la comprensión de esta etapa foucaultiana, que va desde el año 1961 al 1969, se hace necesario entender el saber como producto de la relación dual y necesaria surgida a partir del "ver", como forma del contenido y del "decir", asumido como forma de expresión. De esta combinación, que se conforma en el elemento de las relaciones de poder, surge el saber como procedimiento en la articulación entre la "cosa" (material o inmaterial) y la "palabra".

En este punto, se destacan obras suyas como "La historia de la locura en la época clásica" (1961), "Nacimiento de la clínica" (1963), "Las palabras y las cosas" (1966) y "La arqueología del saber" (1969). Para la elaboración de sus escritos, veía fundamental la utilización de archivos por considerarlos usinas de la escritura o el discurso oral, que permiten adentrarse en una contextualización histórica que

permite visualizar las relaciones del “ver” y el “hablar” en sus propias condiciones históricas de posibilidad.

Si bien en esta etapa Foucault consideraba al poder como un aspecto negativo, caracterizado por la prohibición y la censura, dio un giro a su pensamiento en 1970, cuando comenzó a entender al poder en tanto productor; y al saber como producto. Aunque no son puntualmente la misma cosa, se hallan en relación constante, siendo el saber objeto e instrumento del poder.

En la “Microfísica del Poder” (Foucault, 1979) es posible apreciar cómo Foucault, en una entrevista referida al poder y al papel de los intelectuales, da cuenta de la existencia de “saberes sometidos”, entendiendo por estos a un conjunto de contenidos históricos sepultados, enmascarados en el interior de coherencias funcionales o sistematizaciones formales. Así podemos comprender que existe una innumerable cantidad de saberes que son calificados como incompetentes o insuficientemente elaborados, que son considerados débiles y por tanto echados al olvido. Dentro de esta tipología podríamos agrupar el saber “de la gente”, en referencia a aquellos lugares comunes, y creencias populares que son invalidadas frente al saber que poseen los profesionales con amplio conocimiento científico y académico sobre un ámbito determinado.

En el planteamiento sobre la relación entre poder y saber, converge la idea trascendental de “verdad”, tan criticada por Foucault en sus caracteres de objetiva, necesaria, neutra y universal. Una vez más en este punto nos encontramos con la idea de los saberes sometidos mencionada anteriormente, pero esta vez en relación directa con la oposición entre un discurso falso y uno verdadero. Es decir que en el

planteo de la “verdad” nos encontramos con el producto directo de relaciones de poder, entendiendo entonces al predominio de un discurso como el resultado de un régimen de verdad imperante en una época determinada, que está acotado por las relaciones de poder y de fuerza. De este modo, el saber, la verdad y el poder interactúan de manera activa, siendo el tercero de ellos el que mueve los hilos de las relaciones que se generan, dando por hecho que el poder controla y se sirve del saber para establecer un tipo de discurso como imperante y a su vez reservarlo de su conocimiento para unos pocos, y que a su vez también controla la verdad que está en posesión de aquellos que tienen acceso al saber y que se erigen aptos para establecer un discurso propio proclamado verdadero.

Será entonces la verdad un discurso que no nos llega desde afuera, sino que se produce a través de imposiciones desarrolladas por medio del poder. La manera de distinguir un enunciado verdadero de uno falso, o la forma de sancionar unos y aceptar otros, será adquirida por imposición, enarbolando unos discursos, y excluyendo otros.

Según Foucault (1979), la verdad se caracteriza por 5 rasgos históricamente importantes:

1. “Se centra en la forma del discurso científico y en las instituciones que lo producen.
2. Está sometida a una constante incitación económica y política, producto de una necesidad de verdad tanto para la producción económica como para el poder político)
3. Es objeto de una inmensa difusión y consumo, ya que circula generalmente en aparatos de educación o información, cuya extensión es relativamente amplia en el cuerpo social.

4. Es producida y transmitida bajo el control no exclusivo, pero si dominante, de algunos grandes aparatos políticos o económicos como universidades, ejércitos, y medios de comunicación.
5. Es el núcleo de la cuestión de todo un debate político y de todo un enfrentamiento social, o luchas ideológicas” (1979, pp. 187-188).

En este punto, Foucault se refiere al “régimen de verdad” como un fenómeno no simplemente ideológico, sino como “condición de formación y desarrollo del capitalismo”; y así también destaca el rol del intelectual, no como aquél ser humano destinado a “cambiar la conciencia de las personas” sino privilegiados para modificar el orden político y social que conduce nuestras formas de vida y asienta las bases de la “producción de verdad”. Así, no se trataría de “liberar la verdad de todo el sistema de poder (...) sino de separar el poder de la verdad impuesta por formas de hegemonía” (Foucault, 1979, p.189).

La construcción de verdad en el periodismo

Los regímenes de verdad pueden compararse al modelo de verdad establecido por el periodismo tradicional, en su paso al nuevo periodismo e incluso al periodismo ciudadano.

El modelo anglosajón del periodismo tradicional, que en el siglo XIX erigía como valores la objetividad y la imparcialidad frente a la cobertura de conflictos sociales; esto tuvo validez universal por lo que se consideraba impropio de la profesión inmiscuirse en los temas de la agenda o explicitar la subjetividad del periodista en el relato de los

hechos. Además, según Eliseo Verón (2001), que recalcó que este modelo de periodismo tradicional era propio de las sociedades industriales, esto traía consecuencias observables en los medios masivos de comunicación en todos sus soportes. No tan sólo en la gráfica, donde actualmente se continúa trabajando la objetividad al formular los titulares, sino incluso en el periodismo televisivo, donde se destacaba la figura del “conductor ventrílocuo”; esto era, un sujeto que se hallaba sentado en posición frontal a la cámara, que con un fondo liso y neutro a sus espaldas, se limitaba a transmitir las noticias con pretensión de objetiva sin emitir apreciaciones personales, y con la mirada anclada en los ojos del espectador. De esta manera, la figura del conductor resultaba ser una especie de altavoz por el que circulaba el discurso de la actualidad

Valores como la objetividad y la marcada división entre la realidad y lo que el medio mostraba al espectador, junto a criterios de noticiabilidad como proximidad, actualidad y periodicidad, conforman aquello que Verón definió “sociedad mediática”; en la que primaba un modelo representacional donde la honestidad del medio como reflejo de la realidad social los transformaba en usinas de la verdad y fuentes del conocimiento.

Más tarde, Eliseo Verón (2001), que caracteriza a las sociedades posindustriales como sociedades “mediatizadas”, refiere a un cambio en la conciencia social con respecto al discurso de la prensa, y destaca el pase del modelo representacional al constructorista que concibe a los medios como constructores de realidad social. En este punto el discurso del género informativo cambia para volverse subjetivo; posibilitando el surgimiento de nuevos géneros

periodísticos como el non-fiction, que mediante técnicas de periodismo de investigación busca situarse en conflictos sociales con el uso de narrativas literarias. Dentro de este mismo modelo de verdad periodística podemos abarcar otras clasificaciones del género como el “periodismo encubierto” y el “periodismo gonzo” surgido en 1960 durante el movimiento beat, que ya no buscaba ser un mero transmisor del acontecimiento, sino generarlo.

Cuando refiere a las sociedades mediatizadas, Verón vuelve a ejemplificar el abandono de la objetividad valiéndose de la figura del conductor televisivo, que ahora caracterizado como “conductor moderno”, busca la complicidad con su espectador mediante la expresión de sus dudas frente a ese discurso de actualidad.

El desarrollo del periodismo de investigación, como aquella tarea caracterizada por “revelar cuestiones encubiertas de manera deliberada por alguien en una posición de poder o de manera accidental, detrás de una masa caótica de datos y circunstancias que dificultan la comprensión” (Mark Lee, 2013, p. 1), equipara el papel del nuevo periodista con el “rol del intelectual”, que ya no posiciona su discurso como una realidad indiscutible y verdadera, sino que busca una nueva política de verdad, abocada a separar el poder de la verdad de las formas de hegemonía sociales, políticas y culturales. Esto quiere decir que el trabajo del periodista investigador, ya no caracterizado como “objetivo”, buscar dar a conocer hechos ilícitos para concientizar al público sobre una determinada circunstancia.

El estudio del poder

Abordar el poder desde Foucault implica dejar de entenderlo como una capacidad que se posee, para verlo como una estrategia ejercida en las relaciones sociales. En este sentido recurrimos al estudio del poder para comprender cómo algunos saberes logran imponerse, mientras otros son invisibilizados.

Durante la etapa Genealógica, Foucault se abocó al estudio del Poder concebido como un “juego de fuerzas”. Mediante la influencia de acontecimientos históricos como el Mayo Francés, y el continuo de sus estudios históricos; buscó revelar las condiciones de posibilidad del ejercicio del poder para determinar el surgimiento de ciertos mecanismos de exclusión como la locura. Así, en términos de Esther Díaz (1995) con el estudio de las instituciones y las formas en que el poder se ejerce hacia su interior, el autor postuló las siguientes tesis:

- “El poder pasa a través de los dominados y dominantes;
- El poder no es una propiedad, es una estrategia; no se posee, se ejerce;
- El poder y saber son de distinta naturaleza, pero interactúan
- El poder, en esencia, no es represivo. Es productivo” (Díaz, 1995, p. 102)

El poder en Foucault ya no se concibe como propiedad. Antes que nada, es estrategia, algo que se ejerce sin poseerse, con cualidades productivas y no represivas, que pasa a través de dominados y dominantes.

El poder, que se presenta en forma de diagramas en los que se exponen las relaciones de fuerza que lo componen, está en relación estrecha con el saber, relacionando el “ver” y el “decir”, que se

conforman en el elemento de las relaciones de poder en las que están inmersas. Estos diagramas no son estructuras, sino sistemas físicos inestables, que se encuentran en desequilibrio constante y demuestran hacia su interior las relaciones de fuerza por las que se conforma el poder.

Al manifestarse como estrategia, los efectos de dominación del poder no se atribuyen como “propiedad”, sino que lo hacen en forma de maniobras, tácticas o funcionamientos. No es el privilegio de una clase social, sino que pasa por todo tipo de relaciones sociales; así el poder es algo que puede concebirse como “múltiple”, que trata de un “juego de fuerzas” que excede la violencia y se dirige a objetos que destruye o cambia.

Para poder existir, estas relaciones de poder requieren la libertad de los participantes, en la que actuará como una “provocación” permanente, por lo que Foucault aclara que su funcionamiento pertenece al orden de la “governabilidad”, ya que estructura el campo de acción de otros.

Así, al estudiar el poder y sus funcionamientos, Foucault (1979) advierte que debemos evitar pensarlo sólo como forma de represión o prohibición, para verlo como algo cuyas producciones tienen “efectos positivos”; tampoco se debe reducir su estudio a la consecuencia de una legislación o estructura social, sino que se lo debe analizar en los términos de su propia especificidad; el análisis que se realice de él deberá ser siempre ascendente, como una microfísica a partir de la cual entenderemos que el poder no es propiedad ni privilegio de una clase social específica, sino que consiste en una organización circulante similar a una red.

Esta etapa filosófica no contempla el estudio del poder según sus consecuencias de teorías políticas, sino que procura describir su “anatomía”, partiendo de la descripción del juego de poder que se produce en el marco de las relaciones sociales. Así, se concluye que el poder no existe de manera sustantiva, sino que surge de las relaciones sociales a partir de las cuales los individuos se constituyen como sujetos. Entonces las preguntas a plantearse versarían sobre el funcionamiento de los procesos que dominan nuestros cuerpos y determinan nuestras conductas al nivel de la sujeción, en esas relaciones sociales que nos consolidan como sujetos.

Para poder analizar el funcionamiento del poder en todos sus aspectos, sin incurrir en errores al momento de determinar las relaciones sociales en las que se pone en juego, según Esther Díaz (1995) se recurre a una serie de postulados tradicionales que dan cuenta de su presencia y recomendaciones para su estudio:

1. “Postulado de la propiedad: El poder no es propiedad de una clase, sino que se ejerce en lugar de poseerse. Su estudio implica partir de sus singularidades, y de los puntos por los que pasa constituyendo estrategias.
2. Postulado de la localización: El Estado no es la localización del poder. Entre los aparatos estatales existe relación y autonomía de fuerzas, al igual que existe entre los sujetos que interactúan en ellos; pero el poder no es localizable, es difuso, y nunca es global.
3. Postulado de la subordinación: No es una superestructura absoluta que estaría subordinada al modo de producción de la infraestructura, sino que su análisis revela que se

conforma por una estructura piramidal que está atravesada por núcleos de poder y técnicas disciplinarias.

4. Postulado de la esencia o del atributo: Es operatorio, por lo tanto carece de esencia; por tratarse de una relación, no es atributo de nadie. No hay quienes ejercen poder sobre otros que lo “padecen”, sino que ambos son atravesados por las fuerzas.
5. Postulado de la modalidad: El poder no tiene como única finalidad la represión, más que represor, es “productor de realidad”, más que ideologizar, produce verdad.
6. Postulado de la legalidad: El poder siempre se expresaría por leyes, que pueden haber surgido de la paz o pueden haber nacido y sido mantenidas con la guerra. Para Foucault, la ley es una composición de ilegalismos que ella diferencia al formalizarlos, en la medida en que el poder es el ejercicio siempre actual de una estrategia de guerra. Hablamos de relaciones de fuerzas en las cuales se toleran ilegalismos, se los rechaza o se los necesita, aún en el marco de la ley” (1995, p. 104-105).

Concebir el poder sólo bajo mecanismos represivos es erróneo y puede tener consecuencias negativas, ya que no sólo trabaja según a través de censura, exclusión, obstáculos o represión, si sólo actuara de estas maneras, sería muy frágil por lo simple que sería detectarlo; su fortaleza radica en sus efectos positivos, y como se dijo anteriormente no está localizado en el Estado. Genera la presencia de saberes sometidos, dada su capacidad de producir e instituir la verdad; así, elabora el “discurso verdadero”, que desencadena los efectos de poder que controlan las acciones del cuerpo. Estos efectos

de poder, dice Foucault, son los que nos determinan como individuos y elementos de conexión del poder que circula a través de los individuos y sus construcciones.

La microfísica del poder nos dice que el poder actúa por mecanismos de exclusión, aparatos de vigilancia, la medicalización de la sexualidad, la constitución de la locura y de la delincuencia; con esto, inevitablemente el poder forma y pone en circulación un saber determinado, o mejor, aparatos de saber que nos condicionan y rigen nuestra vida diaria. Es decir, que la verdad pertenece a nuestro mundo y es producida aquí gracias a imposiciones; cada sociedad tiene su régimen de verdad en un determinado contexto histórico y social, y hay determinados discursos que una sociedad escoge y permite que se divulguen como verdaderos

Cuando Foucault refiere al "Orden del Discurso", alude a la necesidad que tienen todos los textos de haber entrado en el orden de las leyes antes de ser puesto en circulación; en este punto se dan mecanismos de exclusión internos, que toman lugar dentro de instituciones, y mecanismos externos, que están inmersos en la sociedad, como la separación entre razón y locura.

Así, se establece un régimen de verdad del que sólo participan quienes están capacitados, potestad adquirida por medio del funcionamiento del poder, que rige para todos, pero es formulado por unos pocos. Así, podemos hablar de un "discurso prohibido" como el de la sexualidad, una oposición entre razón-locura, una "voluntad de verdad", que determina la participación de la falsedad y la verdad en un momento histórico dado. En este punto podemos ver cómo estos mecanismos cumplen la función de delimitar al poder para hacerlo

manipulable, a diferencia de otros procedimientos internos de exclusión del discurso que Foucault nombra como “el comentario”, referido a textos religiosos, jurídicos, científicos, o literarios, que mediante el acto nuevo de palabra sobre un discurso determinado, toman una forma que puede reforzar el discurso; así sucede que un texto comentado por otro intelectual puede llegar a posicionarse de una manera distinta. Otro procedimiento interno de exclusión es “el autor”, no la figura de quien escribe, sino la unidad o principio de agrupación de un discurso determinado; esto es, concebir al autor de un discurso determinado como el producto de una sociedad y una época dadas. La “disciplina” es el último de estos procedimientos internos de exclusión, y refiere al principio de control de la producción del discurso, ya que su función es fijar los límites por el juego de una identidad que tiene la forma de una reactualización mediante las reglas.

Luego, hay otros procesos de exclusión destinados a distribuir a los hablantes en los diferentes discursos, en este punto Foucault hace su clasificación en “ritual”, referido al ritual del hablante y de la circunstancia, que toman la educación como principal forma de clasificación entre los sujetos; incluyendo en estos procesos las nociones de “sociedad del discurso”, “grupos doctrinales” y “educación”, que también refieren a clasificaciones de los sujetos de habla conforme a su aptitud para desempeñar o no un papel en la elaboración de un discurso determinado.

El orden del discurso en el periodismo

En El orden del discurso (1970), Michel Foucault propone pensar los mecanismos de aceptación y exclusión que atraviesan los discursos, que se someten a regularidades según su ámbito de emisión. Estas lógicas de exclusión pueden observarse en la historia del periodismo, en tanto busca establecer una división entre saberes y verdades al momento de la construcción discursiva de los acontecimientos.

En un primer momento este orden del discurso puede observarse en el “periodismo tradicional”, que como se mencionó anteriormente, promulgaba el valor de la “objetividad” como propio e intrínseco de todo aquel que se hiciera llamar así mismo un periodista profesional. Allí podía apreciarse cómo el reportero se situaba en calidad de informante, camuflando sus inseguridades bajo estrategias discursivas de objetividad, que le daban a su público la idea de estar accediendo a la realidad por medio de alguien mejor preparado, que estaba en constante estudio de lo acontecido y que tenía mayores conocimientos.

El discurso tradicional, que anteriormente le llegaba al televidente u oyente como una relación asimétrica cambió a simétrica, buscando revelar al público que aquella “verdad incuestionable” del enunciador que les habla a través de los medios, no es perfecta y no está exenta de errores ni de intereses, puesto que ya no sólo se entiende a los medios como empresas informativas, sino que se comprende que la producción de noticias efectuada está sesgada por sus subjetividades. En este nuevo orden, será la capacidad empática del enunciador la que le otorgará la credibilidad, valiéndose de la amabilidad con su público, y hasta incluso de la elegancia de su vestimenta en los medios televisivos.

En esta etapa genealógica Foucault introduce el concepto de “biopolítica” en la primera publicación de los tomos de La Historia de la Sexualidad. En el primer libro “La voluntad de saber” (1976), utiliza este concepto para explicar la intromisión del poder en las tramas de la vida social, que como ya se mencionó anteriormente llegaría a tomar parte en nuestras vidas a través de los conocimientos eruditos y la cultura local, que acaban por constituir aquellos dispositivos que rodean al sujeto desde que éste se origina.

Así, revelar el discurso de la biopolítica, sería una manera de describir las formas de ejercicio del poder en las que se “acoplan” la erudición, las prácticas culturales y las memorias de las luchas sociales, que podrán desembocar en el análisis de la “tiranía de los discursos englobantes”. Con discursos englobantes, nos referimos a aquellos que por su hegemonía lograron producir “saberes sujetos”, entendiendo por estos a universales tales como el saber del delincuente, el psiquiatrizado, el enfermo, el médico, entre otros. A este punto podemos añadir la conformación del “humanismo”, como aquel conjunto de discursos que conciben al hombre como occidental, cuya teoría del sujeto desemboca en la soberanía sujeta, que en palabras de Edgardo Castro (2008), dice al hombre “aunque no ejerzas el poder, puedes ser soberano” (p. 204).

Esta biopolítica está inmiscuida en nuestra vida y en todo nuestro accionar de manera permanente, atraviesa la humanidad mediante mecanismos concretos de compromiso, cuyas técnicas podemos dividir en “político-sociales” y “de subjetivación”. Las primeras, pertenecientes a la soberanía de la época clásica, y basadas en el control de la vida de los súbditos mediante la amenaza constante de

la condena a muerte y el suplicio; y las segundas propias de la era del biopoder, y basadas en la administración de la vida, cuerpos y mentes, dando lugar a un nuevo tipo de sociedad capitalista que no sólo ejerce el control de sus individuos por medio de la justicia, sino a través de redes institucionales de vigilancia y corrección.

Los nuevos mecanismos de control de estas sociedades lograrían incorporar discursos que se atengan a las reglas, para generar la obediencia y el manejo de las acciones de los individuos. Este tipo de administración de la vida puede relacionarse los mecanismos de exclusión e inclusión referidos a la separación entre verdad y falsedad, regímenes del habla, la palabra prohibida, e incluso la discriminación entre locura y voluntad de verdad.

Teniendo en cuenta el advenimiento de la era digital y la convergencia mediática podemos pensar los medios como instrumentos de la biopolítica que buscan la administración de nuestras mentes y cuerpos por medio de un discurso que propone la exclusión y la inclusión de prácticas determinadas, saberes y verdades. Autores como Antonio Braghetto Gallardo (2014) plantean la facilidad con la que históricamente los medios contribuyeron a la construcción de diversas verdades, como en dictaduras, en las que se reprimía la palabra de aquellos periodistas que buscaban la transmisión de informaciones contrarias a los intereses políticos del momento, e incluso se recurría a castigos y penas para quienes revelaban el número de desaparecidos y lo adjudicaban a la junta militar.

Si bien es cierto que durante épocas dictatoriales se difundieron numerosas mentiras y se buscó deliberadamente la construcción de

una realidad que distaba de lo que aconteció realmente, como cuando la revista Gente difundió imágenes que mostraban cómo ganábamos la guerra en Malvinas, también puede decirse que en la actualidad se maneja una construcción mediática que llega a configurar y administrar nuestras vidas y mentes.

El 13 de septiembre de 2014 el portal digital del diario Clarín tituló una noticia que trata sobre Melina Romero, víctima de un femicidio como “Una fanática de los boliches, que abandonó la secundaria” ; en ese momento la desaparición de Melina, de 17 años, era justificada bajo la premisa de que la joven había abandonado sus estudios para dedicarse a las salidas nocturnas con sus amigos mayores, especificando que la rutina de la adolescente consistía levantarse todos los días al mediodía para reunirse con sus amigos en la plaza y luego regresar a su casa a la madrugada. Recientemente, en el año 2016, los medios trataron el femicidio de Lucía Pérez refiriéndose a ella como “una hija excelente, que amaba los animales y tenía una gran sensibilidad por el arte”, destacando que se puso en contacto con su femicida para comprarle drogas.

El funcionamiento de la construcción mediática como instrumento de la biopolítica sirve como aparato administrador de nuestros cuerpos y mentes, no sólo por tener a su alcance la divulgación de noticias falsas, como sucedía anteriormente, sino que también sirve a la construcción de estereotipos que promueven ideales sociales en los que determinadas actitudes y formas de vida están permitidas, y otras no. Así, Clarín promovió la idea de que Melina Romero merecía su femicidio por no asistir a la universidad y salir de fiesta, mientras que otros medios eligieron destacar que Lucía Pérez era una buena

mujer que murió asesinada por su adicción a las drogas. Esta idea promueve el entendimiento de que si una joven no dedica su vida al estudio, y no delega sus fines de semana a completar las tareas del colegio es un potencial número de femicidio.

Pero estas prácticas de la prensa no pertenecen al pasado, si bien se plantea el diálogo sobre el tratamiento mediático de la violencia machista, el vicio revictimizante continúa en la profesión.

A partir del año 1978, Foucault inició su tercera y última etapa filosófica denominada "ética", y caracterizada por la hermenéutica. En este tiempo se caracterizó por su empeño en la elaboración de una ontología histórica sobre las subjetividades del sujeto en relación con las formas a través de las cuales llegan a convertirse en "sujetos morales"; la formulación de otras nuevas formas de pensamiento que se tomaron como formas de salir del dispositivo.

82

La función del intelectual en Foucault (1979), es mostrar a los sujetos otra forma de vida, es desajustar a ese sujeto y permitirle salir del dispositivo. En este sentido, este rol puede equipararse al del periodista investigador, que ya no busca cubrir una determinada agenda impuesta por los grandes medios, sino que se aboca a la observación, y pone el ojo en hechos ocultos o acontecimientos que pasan desapercibidos, pero atañen a toda la comunidad.

El objetivo final del periodista de investigación no es enseñar, ni "transformar" a las personas, como decía Jorge Halperín (1995) en "La entrevista periodística"; sino que es visibilizar hechos y situaciones que permanecen ocultos y para esto es condición sine-qua-non que el sujeto desarrolle la crítica, y logre pensar más allá de

los dispositivos que Gilles Deleuze (1990) caracterizaba como una “especie de ovillo o madeja, conjunto multilíneal compuesto de diferentes naturalezas que siguen direcciones diferentes, que forman procesos siempre en desequilibrio, donde los objetos visibles, las enunciaciones formuladas, las fuerzas en ejercicio y los sujetos en posición son como vectores o tensores” (p. 155).

En conclusión, pueden establecerse relaciones entre el tratamiento informativo que realizan los medios de comunicación y la filosofía de Michel Foucault en todas las etapas de su pensamiento.

La construcción de verdad en el periodismo, sus criterios y valores tales como la “objetividad” propia del Periodismo Tradicional, o la “subjetividad” del Nuevo Periodismo, se relacionan con lo que en Foucault identificamos como un régimen de verdad imperante en un momento histórico determinado. Así mismo, el estudio del poder y el orden del discurso dentro del campo nos sirve para pensar la lógica que sigue la construcción del acontecimiento; en este mismo camino, pensar la biopolítica en razón de la construcción discursiva que los medios realizan de la realidad social nos permite reflexionar sobre determinadas conductas, y posicionamientos éticos y políticos que se promueven a través del discurso periodístico.

En el bagaje por el ámbito laboral, y las exigencias propias de la profesión, la herramienta de la crítica es indispensable en el desarrollo de una ética periodística, no sólo abocada al compromiso en la transmisión de la veracidad de los acontecimientos, sino también en el fomento de un público crítico con su realidad, y por tanto, capaz de transformar la misma. Además, aceptar la invitación de Michel Foucault a pensar la existencia de un orden en el discurso,

es otra manera de concebir la historia del periodismo, su avance en el tiempo y sus cambios en la manera de relacionarse con oyentes, lectores y televidentes.

Referencias bibliográficas:

Braghetto Gallardo, M. "Aproximación biopolítica a la Carta Abierta a la Junta Militar", de Rodolfo Walsh. Pacarina del Sur [En línea], año 5, núm. 18, enero-marzo, 2014

Casalla, M. (1977). "Crisis de Europa y reconstrucción del hombre". Buenos Aires, Argentina. Editorial Castañeda.

Castro, E. (2013). "Categorías de la filosofía política contemporánea: Gubernamentalidad y soberanía". Revista De Filosofía Y Teoría Política, (35), 39-69. Recuperado en <http://www.rfytp.fahce.unlp.edu.ar/article/view/RfYTPn35a07>

84

Castro, E. "Biopolítica: de la soberanía al gobierno". Revista Latinoamericana de Filosofía, Vol XXXIV N ° 2 (Primavera 2008). Universidad Nacional de San Martín. Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Díaz, E. (1995). "La filosofía de Michel Foucault". Buenos Aires, Argentina. Editorial Biblos.

Díaz, E. (2004). "Foucault y el poder de la verdad". En: Encrucijadas, no. 26. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubas.sisbi.uba.ar>>

Deleuze, G. (1990). "¿Qué es un dispositivo?". En "Foucault, filósofo". Buenos Aires, Argentina. Gedisa Ediciones.

Eribon, D. (2004). "Michel Foucault". Buenos Aires, Argentina. Editorial Anagrama.

Eribon, D (1995). "Michel Foucault y sus contemporáneos". Buenos Aires, Argentina. Ediciones Nueva Visión.

Foucault, M. (2001). "Estética, ética y hermenéutica". Barcelona, España. Editorial Paidós ibérica.

Foucault, M. (1979). "Microfísica del Poder". Madrid, España. Las Ediciones de La Piqueta.

Foucault, M. (1970). "El orden del discurso". Buenos Aires, Argentina. Editorial Tusquets.

Gabetta, C. (2001) "DEBATE: "¿Los medios reflejan la realidad o la inventan?". Sala de prensa, web para profesionales de la comunicación iberoamericanos, año III, vol. 2.

Garcés, M. (2005) "La vida como concepto político: una lectura de Foucault y Deleuze". Athenea Digital-num 7:87-104 Universidad de Zaragoza

Mark lee, H. (2013). "La Investigación a partir de historias: manual para periodistas de investigación". Recuperado de <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000226457>. UNESCO, Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

Sigal, J.; Halperín, J.; Abraham, T.; Bonasso, M.; Castelo, A.; Verón, E. (1999). "La semiosis social". Barcelona, España. Editorial Gedisa.



Verón, E. (1983). "Construir el acontecimiento". Barcelona, España. Editorial Gedisa.

Verón, E. (2011). "El living y sus dobles: Arquitectura de la pantalla chica". En "El cuerpo de las imágenes". Buenos Aires, Argentina. Editorial Norma S.A.

Recibido: 18/11/2019

Aceptado: 05/12/2019

Cómo citar este artículo:

Biondi, A. (2019), El Poder y la Crítica en la Verdad Periodística. RevID, Revista de Investigación y Disciplinas, Número 1, San Luis, 62-85.

